

Pero por Cuauhtemoc son acosados  
 En su derrota vil los fugitivos,  
 Y muchos por las masas alcanzados,  
 Del pueblo en el poder quedan cautivos.  
 Para ser á su dios sacrificados  
 En los teocallis, los conservan vivos;  
 Y á la ciudad la mexicana gente  
 Conduce en triunfo á Cuauhtemoc valiente.

FIN DEL CANTO SEXTO.

## CANTO SÉTIMO.

Aliento de los pueblos de Anáhuac para rechazar á los invasores.  
 —Disposiciones de Cuauhtemoc en defensa de la ciudad.—Táctica de Hernan Cortés para el asedio.—Los capitanes españoles cercan la gran Tenochtitlan.—Entusiasmo de los mexicanos por la guerra.—Combate en el lago de Texcoco.—Destruccion de la flota mexicana.—Atacan los españoles la ciudad por el lado Sur.—Vigorosa defensa del templo de Huitznáhuac.—Son atraídos al gran teocalli los invasores, que atacados por el pueblo emprenden la fuga desordenadamente.—Los mexicanos celebran la victoria.

Cuando del pueblo los valientes pechos  
 Al amor de la patria se estremecen,  
 Logran dar cima á los heróicos hechos  
 Que en la eternal historia resplandecen.  
 Al defender osadas sus derechos,  
 Más grandes las naciones aparecen,  
 Y á los pósteros dejan su memoria  
 Envuelta en los destellos de la gloria.



Cuando el guerrero audaz y temerario  
Clava en extraño suelo su bandera,  
Para aterrorizar al adversario  
Lleva la destrucción por donde quiera.  
No debido al esfuerzo extraordinario  
Adquiere la victoria lisonjera;  
Siempre sólo merced al exterminio  
Logra ejercer su asolador dominio.

Los pueblos valerosos que defienden  
Del extranjero amago sus hogares,  
De la inmortalidad la antorcha encienden  
De la querida patria en los altares.  
Si á libertarse del amago atienden,  
Y cediendo por fin á los azares  
De guerra sin cuartel quedan vencidos,  
Son siempre por la historia enaltecidos.

Del indomable Anáhuac las naciones  
Por defender sus fueros ultrajados  
Trabajan con afán; los corazones,  
De guerra al grito, laten agitados.  
El triunfo que diversas ocasiones  
Alcanzar han sabido los soldados  
De la patria, la fe de nuevo aumenta,  
Que en las huestes propágase violenta.

Prepara Cuauhtemoc infatigable  
Al cerco la ciudad; en ella encierra  
De sus tropas el grueso formidable  
Que al invasor disputarán la tierra.  
Por todas partes crece inmensurable  
El entusiasmo que la voz de guerra  
Despierta en los valientes mexicanos  
Que por seguir la lid están ufanos.

En nombre de la patria se convoca  
A todo el que empuñar las armas pueda;  
Y al llamamiento que el rencor provoca,  
No hay quien cobarde al desaliento ceda.  
Niños y ancianos van con ansia loca  
A demandar al rey que les conceda  
Un puesto para dar al enemigo  
En los combates ejemplar castigo.

En el hogar tranquilo las mujeres  
Dan el postrer adiós á sus esposos,  
Y cual si en pos salieran de placeres,  
Les preparan los trajes más vistosos.  
"Marchad, les dicen ellas, caros séres  
Y volved á nosotras victoriosos,  
O hallad en el combate muerte honrada  
Defendiendo á la patria amenazada."



Antes de que cercada el enemigo  
Tenga del todo la ciudad, ordena  
El rey que parta á protector abrigo  
La gente que á las lides es ajena.  
Hace saber entónces que á castigo  
De muerte á los soldados se condena,  
Si inobedientes salvan la muralla  
Para empeñar sin órden la batalla.

Previsor el monarca, deposita  
En diferentes puntos los pertrechos  
Que para sostenerse necesita  
Dentro de aquellos límites estrechos.  
En bélicas funciones ejercita  
A sus soldados, cuyos nobles pechos,  
Que al invasor terrible no perdonan,  
Entrar con él en lid sólo ambicionan.

Así la gran Tenochtitlan dispuesta  
A recibir al español se halla;  
Así, esforzado, **Cuauhtemoc** apresta  
Su valerosa gente á la batalla.  
Fuerte defensa á los soldados presta  
Dentro de la ciudad la firme valla  
Que en derredor alzarón, y á su abrigo  
Hostilizar podrán al enemigo.

Tambien de Hernan Cortés los escuadrones  
Se encuentran al ataque apercebidos;  
Del Valle en diferentes poblaciones  
Están para la guerra repartidos.  
No sin lucha terrible las legiones  
Del invasor, ganar los defendidos  
Puntos lograron con arrojo ciego  
Estableciendo el sitio desde luego.

Tiene en Tlacopan Pedro de Alvarado  
Fuerte seccion de gente valerosa;  
Está de Coyoacan posesionado  
Olid con otra hueste numerosa.  
Gonzalo Sandoval, acompañado  
De una legion crecida y animosa,  
A Itztapalápan decidido llega  
Y á fuego y sangre la ciudad entrega.

Cortés al fuerte Xóloc se encamina  
Atravesando el espacioso lago  
En varios bergantines, y extermina  
El punto, de sus armas al estrago.  
Sembrando inexorable la ruina  
Extiende el invasor su fiero amago,  
Y tala sin piedad las poblaciones  
Ya que domar no puede á las naciones.



Contempla **Cuauhtemoc** el movimiento  
 Del enemigo; mirase cercado,  
 Y sin perder su heróico atrevimiento,  
 Se apresta á defenderse denodado.  
 Empero el popular asentimiento  
 Anhelando obtener, apresurado  
 A nueva junta á sus guerreros llama  
 Y con acento concentrado exclama:

“En torno nuestro el invasor extiende  
 Su numeroso ejército, que encierra  
 Como la ajorca al brazo de que pende,  
 En un círculo estrecho nuestra tierra.  
 El enemigo esclavizar pretende  
 A nuestra patria, que el pendon de guerra  
 En su santa defensa levantara  
 Cuando á su suelo el invasor llegara.

“Solos para luchar hemos quedado;  
 En vano es pretender nueva alianza;  
 Del enemigo el cerco ha vulnerado  
 Esa rica y legítima esperanza.  
 No quiero que mi pecho, aconsejado  
 Por la terrible voz de la venganza,  
 Determine de Anáhuac el destino,  
 De la guerra lanzándose al camino.

“El Malinche la paz tiene propuesta,  
 De nuestras vidas dando garantía;  
 Y aunque la he rechazado en mi respuesta,  
 Forzoso es que os lo diga la voz mia.  
 Tal vez la guerra nos será funesta;  
 Significa la paz la tiranía:  
 Entre esos males elegid ahora;  
 O paz servil, ó guerra asoladora.”

Dijo, y la vista en torno dirigiendo  
 Aguarda la respuesta: en tal instante  
 De entre el concurso rápido saliendo  
 Un jóven de su rey llega delante.  
 Lleva la diestra al corazon, haciendo  
 Sumisa reverencia; alza el semblante  
 Despues que el manto del monarca besa,  
 Y con viril acento así se expresa:

“Quizás mi voz no siendo autorizada,  
 Carecerá esta vez de valimiento;  
 Pero el peligro de la patria amada  
 Justifica mi audaz atrevimiento.  
 En esta junta noble y elevada,  
 A las filas del pueblo represento:  
 Simple soldado soy; pero aseguro  
 Que es limpio como el sol mi nombre oscuro.



“Simple soldado soy; pero he sabido  
 Vencer en recia lid al castellano,  
 Cuya invasion audaz han resistido  
 Las falanges del pueblo mexicano.  
 Nombrado por las masas he venido  
 A asegurar de nuevo al soberano,  
 Que á la ciudad el porvenir no arredra  
 En tanto quede piedra sobre piedra.

“¡No hay que aceptar la paz! Antes la vida  
 Que el honor al tirano entregáremos;  
 Es baldon la existencia envilecida,  
 Y nunca como tal la aceptarémos.  
 Trae consigo la paz mortal herida;  
 Pereciendo en la lid, alcanzarémos  
 De la inmortalidad justo renombre  
 Que en la futura edad al mundo asombre.

“¡Guerra! gritemos, pues, entusiasmados:  
 ¡Guerra! ¡guerra! los ecos repercutan;  
 ¡Guerra! y más ¡guerra! clamen los soldados  
 Mientras hechos heróicos ejecutan.  
 ¡Guerra! al morir exclamen esforzados  
 Los que á la patria, al sucumbir, enlutan,  
 Y de Anáhuac conmuévase la tierra  
 Al resonar doquier la voz de ¡guerra!”

Dijo, y vibrando su sonoro acento  
 Cual las notas severas y marciales  
 De la guerrera trompa, el ardimiento  
 Crece en el corazon de los leales.  
 Prestan á **Cuauhtemoc** el juramento  
 De rechazar la paz los generales;  
 Y el rigor aceptando de la suerte,  
 Dispónense á luchar hasta la muerte.

Semejante á una isla, á la defensa  
 Tenochtitlan se encuentra preparada;  
 Por todas partes la laguna extensa  
 Cerrada tiene al invasor la entrada.  
 En su recinto muchedumbre inmensa  
 De guerreros espera entusiasmada  
 Que se acerque el ejército enemigo  
 Para darle en la lid mortal castigo.

Recorriendo la líquida llanura  
 Del lago multitud de embarcaciones,  
 Sin anclas ni timon ni arboladura,  
 Contienen mexicanos escuadrones.  
 La fuerza de los remos apresura  
 De tal suerte su marcha, que á ocasiones  
 Cual flechas se deslizan en las aguas  
 Las esbeltas y rápidas piraguas.



En las menudas ondas aparecen  
 Las compactas secciones de guerreros;  
 Las blandas brisas estivales mecen  
 Sus tocados de plumas altaneros.  
 Sus arcos de guerra resplandecen  
 Heridos por el sol; y cuando fieros  
 El arco extienden con segura mano,  
 Los sublima su porte soberano.

De súbito aparece en lontananza,  
 Cual si del lago azul surgido hubiera,  
 La escuadra de Cortés que altiva avanza  
 A la ciudad, que sin temor la espera.  
 La flota de piraguas se abalanza  
 Sobre los bergantines, de manera  
 Que en breve alcanzarán las férreas proas  
 De los barcos las ágiles canoas.

Como flexible y colosal serpiente  
 Cuyo cuerpo se agita, y ondulando  
 Avanza aterradora é imponente  
 Sus variados colores ostentando;  
 De suerte igual el lago trasparente  
 Van las piraguas rápidas surcando,  
 Y al ondular presentan á lo léjos  
 De diversos matices los reflejos.

Tambien los bergantines se apresuran  
 A dar caza á la flota mexicana,  
 Y, bogando con ímpetu, procuran  
 Desbaratar la línea más cercana.  
 Los guerreros aztecas se aventuran  
 En lucha desigual y sobrehumana,  
 Lanzándose á los barcos artillados  
 Y apresarlos pretenden esforzados.

Las piraguas, en raudo movimiento,  
 A la escuadra española al fin rodean  
 En el centro del lago, y con violento  
 Ardor los mexicanos clamorean.  
 Despues, con el bizarro atrevimiento  
 Que de continuo al combatir emplean,  
 Intentan asaltar al enemigo  
 En su flotante poderoso abrigo.

Entónces ¡oh terror! cada velera  
 Embarcacion contraria se convierte  
 En fortaleza, que vomita fiera  
 Por todos lados exterminio y muerte.  
 Pronto de las piraguas la barrera  
 Queda despedazada al rudo y fuerte  
 Estrago de las armas españolas  
 Que las envuelven en las breves olas.



Pero aun así, la gente mexicana  
 En arrollar al invasor insiste;  
 Sigue á nado á la flota castellana  
 Que á la agresion con su poder resiste.  
 Quién blandiendo terrible la macana  
 El duro casco de la nave embiste;  
 Quién de un cordel llegando á apoderarse  
 Logra en el bergantin precipitarse.

Y en la terrible lucha que sustentan  
 En medio de las aguas los guerreros,  
 Como invencibles genios representan  
 El poder que los hace más severos.  
 Por todas partes el peligro aumentan,  
 Y sin salir del agua, van ligeros  
 Para ofender las reforzadas quillas  
 Que convertir intentan en astillas.

Los hombres se revuelven agitados  
 En medio de la líquida llanura,  
 Y de odio y de rencor arrebatados,  
 El combate prosiguen con bravura.  
 Sin descanso ni tregua entusiasmados,  
 Mandan al español muerte segura  
 En las certeras flechas que le lanzan  
 Cuando á las naves con ardor avanzan.

Sostiénesese terrible el enemigo;  
 Truena el cañon y silba la metralla,  
 Llevando muerte y destruccion consigo  
 En tan horrenda y desigual batalla.  
 De las seguras naves al abrigo  
 El fuego de arcabuz tambien estalla,  
 Hasta que al fin el homicida estrago  
 En rojo torna el trasparente lago.

Véense despues surcar aceleradas  
 El lago aquellas naves arrogantes,  
 En tanto que en las olas agitadas  
 Sobrenadan los miembros palpitantes.  
 En restos de piraguas destrozadas  
 La salvacion procuran anhelantes  
 Los que fueron, luchando decididos,  
 Desbaratados, pero no vencidos.

Tenochtitlan, en tanto, se dispone  
 A rechazar al invasor que avanza;  
 Y, sin temor, en sus guerreros pone  
 El noble **Cuauhtemoc** su confianza.  
 Del enemigo la crueldad no impone  
 A los pechos sedientos de venganza  
 El pánico terror que inspiraria  
 A quienes no tuvieran su osadía.



Están los mexicanos escuadrones  
 Dispuestos al combate; por doquiera  
 Las indomables bélicas legiones  
 Defienden la ciudad con ansia fiera.  
 Palpitan con afán los corazones  
 Cuyo ánimo en el riesgo no se altera;  
 Y de odio y de rencor arrebatado,  
 La lucha aguarda el pueblo entusiasmado.

Cortés, del fuerte Xóloc con su gente  
 Sobre Tenochtitlan marcha atrevido;  
 La calzada atraviesa diligente  
 Que el mexicano Rey no ha defendido.  
 Contra el asalto, **Cuauhtemoc** valiente  
 En la ciudad se encuentra prevenido;  
 Manda que se abandone el primer foso  
 Para que avance el enemigo odioso.

De Cortés adelantan los guerreros;  
 Rebasan la primera cortadura,  
 Y listos en la diestra los aceros,  
 A la ciudad avanzan con bravura.  
 Van á la descubierta en los ligeros  
 Corceles, con durísima armadura,  
 Los bravos capitanes, que á porfía  
 Demuestran entereza y osadía.

Tenochtitlan se agita en tal instante;  
 Resuenan los sagrados instrumentos;  
 Se alza de guerra el grito resonante,  
 Y tiembla la ciudad en sus cimientos.  
 El mexicano ejército, anhelante  
 Y cediendo á sus bélicos intentos,  
 Contra las huestes de Cortés se lanza  
 Sediendo de rencor y de venganza.

“¡Victoria ó muerte!” claman los soldados  
 Cerrando el paso al invasor odioso,  
 Y con afán los hombres agitados  
 La orilla cubren del segundo foso.  
 Sobre ellos adelantan esforzados  
 Los hombres de Cortés, que valeroso  
 Marcha de su legion á la cabeza  
 Dando muestras de arrojo y entereza.

Del ancho foso en la interior orilla  
 Están los mexicanos impacientes;  
 El entusiasmo en las miradas brilla  
 De luz bañando las altivas frentes.  
**Cuauhtemoc**, que las huestes acaudilla  
 De los guerreros de Anahuác valientes,  
 Recorre la ciudad con ansia fiera  
 Sembrando el patrio amor por donde quiera.



Y se da la señal de la batalla;  
 Dispáranse los dardos silbadores,  
 Y mézclanse al fragor de la metralla  
 Los gritos de venganza atronadores.  
 De los preñados bronces pronto estalla  
 El fuego que les da á los invasores  
 En la guerra ventaja tan terrible,  
 Que á su ejército torna en invencible.

Sobre las aceradas armaduras  
 Que visten los soldados extranjeros,  
 Resuena el golpe de las piedras duras  
 Que con ardor les lanzan los honderos.  
 Recorriendo del lago las llanuras  
 Llegan los bergantines altaneros,  
 Y pronto cada nave se convierte  
 En instrumento de espantosa muerte.

En corto espacio el fuego sostenido  
 Envuelve en humo denso la calzada,  
 Y la zanja que el pueblo ha defendido  
 Es por el adversario arrebatada.  
 Hernan Cortés dirígese atrevido  
 A la ciudad, en marcha acelerada,  
 Protegiendo á sus bravos escuadrones  
 El fuego destructor de los cañones.

De **Cuauhtemoc** las huestes valerosas  
 No se intimidan al terrible estrago;  
 Por todas partes llegan animosas  
 Llevando al invasor constante amago.  
 Del español las armas poderosas  
 Podrán vencer en el combate aciago;  
 Pero los mexicanos á porfía  
 Ejemplo son de heróica bizarría.

Y la columna á la ciudad avanza  
 Las horrísonas armas disparando,  
 Y al rudo empuje de la aguda lanza  
 Va las contrarias filas separando.  
**Cuauhtemoc** no abandona la esperanza  
 De obtener la victoria, y alentando  
 La indomable altivez de sus guerreros,  
 Resiste á los audaces extranjeros.

Más que zanja, segura fortaleza  
 Halla en el nuevo foso el enemigo;  
 De innúmeros soldados la entereza  
 Lo guarda de las casas al abrigo.  
 Las piedras, disparadas con destreza,  
 Llevan al invasor fuerte castigo,  
 Sin que logre el poder de sus cañones  
 Desbaratar de Anáhuac las legiones.



Sólo logra morir quien se aventura  
 A pretender salvar el ancho foso,  
 Pues contiene su arrojo y su bravura  
 De las piedras el golpe poderoso.  
 En breve la espaciosa cortadura  
 Se convierte en un antro pavoroso,  
 Que al ir tantos cadáveres tragando  
 Va su seno fatídico llenando.

Avanza una seccion de ballesteros  
 Que sobre el ancho foso un puente arroja,  
 Y con sus tiros fuertes y certeros  
 Del muro al enemigo desaloja.  
 Se lanzan atrevidos los guerreros  
 Del español, con la armadura roja  
 De la sangre que manan, y animosos  
 Retan á los contrarios valerosos.

Del templo de *Huitznáhuac*,<sup>36</sup> que cercano  
 Está de la atacada cortadura,  
 Se posesiona el pueblo mexicano,  
 Y al español resiste con bravura.  
 A defender el punto el soberano  
**Cuauhtemoc**, con denuedo se apresura,  
 Y ejemplo dando á su esforzada gente,  
 En la terrible lucha entra valiente.

Las tropas de Cortés salvan el foso  
 Y el templo atacan con arrojo y brío;  
 Pero su empuje rudo y espantoso  
 Valiente ataja el lidiador gentío.  
 Truena en breve el cañon, que poderoso  
 Arroja al pueblo el exterminio impío,  
 Y el invasor audaz con ansia ciega  
 Al pié del templo defendido, llega.

Cubriendo están la extensa gradería  
 Del templo, mexicanos escuadrones  
 Dispuestos á oponerse á la osadía  
 Que muestran los iberos pelotones.  
 Del bravo **Cuauhtemoc** la bizarría  
 Derrama en los valientes corazones  
 De sus tropas, la fe y la confianza  
 Para cobrar legítima venganza.

De Cortés adelantan los guerreros  
 Para atacar la defendida altura,  
 Y blandiendo terribles los aceros,  
 Emprenden el asalto con presura.  
 Agitanse en las gradas los flecheros,  
 Del monarca á la voz firme y segura,  
 Y de rencor sus pechos agitados,  
 A la lid se disponen denodados.



Trábase formidable la batalla;  
 Se buscan las legiones contendientes;  
 El fuego de cañon rompe la valla  
 De los guerreros de Anahuác valientes.  
 Rebasando del templo la muralla,  
 Logran llegar las castellanias gentes  
 Al pié de la elevada gradería,  
 Y ocuparla pretenden con porfía.

Pero en la altura, **Cuauhtemoc**, osado  
 Dirige de Huitznáhuac la defensa,  
 Y no cede su pecho levantado,  
 Del enemigo ante la turba inmensa.  
 Igualándose al último soldado,  
 Él mismo manda al invasor su ofensa,  
 Siendo en el arco tan terrible y fuerte  
 Que cada tiro suyo da la muerte.

A su ejemplo los bravos escuadrones  
 De vencer no abandonan la esperanza,  
 Y ardiendo en patrio amor los corazones,  
 Palpitan á la voz de la venganza.  
 El invasor, en varias direcciones  
 Sobre el teocalli con arrojo avanza;  
 De sus cañones multiplica el fuego,  
 Y el decisivo ataque emprende luego.

De sangrientos cadáveres cubierta  
 Del templo está la vasta gradería;  
 Y el conjunto de víctimas despierta  
 Más y más en el pueblo la osadía.  
 La contraria actitud no desconcierta  
 Al invasor, que en su pujanza fia:  
 "¡Por España!" Cortés grita con brio  
 Y acomete su ejército al gentío.

Sufren el choque en las primeras gradas  
 Los que el asalto intentan atrevidos;  
 Y á pesar del poder de sus espadas  
 Son por los mexicanos detenidos.  
 En luchas personales y esforzadas,  
 Se ven aquellos hombres confundidos,  
 A veces en la sangre resbalando  
 Que está de los cadáveres manando.

Llegan las dos legiones adversarias  
 En íntimo combate á revolverse,  
 Y ejecutando acciones temerarias,  
 Logran á igual altura mantenerse.  
 Con el hierro que visten las contrarias  
 Tropas, quizás podrán sobreponerse  
 Al denuedo terrible y soberano  
 Con que batalla el pueblo mexicano.



“¡Al gran teocalli!” el soberano grita,  
 “Dejad al enemigo que adelante;”  
 Y al templo principal se precipita  
 Seguido por el pueblo delirante.  
 A sus hombres Cortés valiente excita,  
 Y á su potente voz corre anhelante  
 La legion invasora de su mando,  
 Rápida los obstáculos salvando.

Como raudo atraviesa el torbellino  
 Del desierto los campos espaciosos,  
 Arrollando iracundo en su camino  
 Los corpulentos árboles añosos;  
 Así avanza el ejército asesino,  
 Llenando con afán los anchos fosos  
 Con trincheras, que encuentra abandonadas  
 Y destruyen sus picas aceradas.

El gran teocalli suben atrevidos  
 Siguiendo á Hernán Cortés sus campeones,  
 Y en la cima del templo, enardecidos  
 Clavan los castellanos pabellones.  
 Suenan de pronto roncós alaridos  
 Que llenan de terror los corazones;  
 Y altivo llega Cuauhtemoc al frente  
 Del mexicano ejército valiente.

Y la azteca legion, como si fuera  
 Un proyectil humano, cae unida  
 Sobre el contrario, á quien el riesgo altera  
 De la agresion ni vista ni sentida.  
 En vano el capitán, con voz severa  
 Manda cargar á su legion temida;  
 Los hombres ¡ay! la salvacion buscando  
 Van la escalera rápidos rodando.

En su espantosa fuga los guerreros  
 Dejan al enemigo los pendones  
 Que en el templo clavaron altaneros,  
 Y huyen abandonando los cañones.  
 Los mexicanos, acosando fieros  
 A los desordenados escuadrones,  
 Los persiguen ansiosos de tal suerte,  
 Que á todo el que vacila dan la muerte.

Aparecen de pronto en los canales  
 Que cruzan la ciudad, barcas ligeras  
 Que ocultaron entre ásperos breñales  
 A varias tribus fuertes y guerreras.  
 Disparando afilados pedernales,  
 Ofenden á las gentes extranjeras,  
 Al pasar en su fuga apresurada  
 Para ganar de Xóloc la calzada.



En medio del desórden infinito  
 Que siempre trae consigo la derrota,  
 Resuena airado de venganza el grito  
 Que al pueblo vencedor más alborota.  
 A medida que crece el inaudito  
 Riesgo, la confusion de nuevo brota  
 Entre los perseguidos invasores  
 Que del pánico sienten los horrores.

Logran salir al fin, aunque diezmados,  
 De la egregia ciudad los fugitivos,  
 A su suerte dejando abandonados  
 A los que fueron en la lid cautivos.  
 De diferentes cuerpos mutilados  
 Aparecen los miembros repulsivos,  
 En toda la extension que recorrieron  
 Los que vencidos rápidos huyeron.

En tal sazon, el pueblo mexicano  
 Celebra de sus armas la victoria,  
 Y en triunfo conduciendo al soberano,  
 Ávido aclama su fulgente gloria.  
 Del invasor despótico y tirano  
 No le amedrenta la fatal memoria,  
 Porque sabrán los valerosos pechos  
 Defender de la patria los derechos.

Al són del teponaxtli las legiones  
 Recorren la ciudad, y entusiasmados  
 Los guerreros arrastran los cañones  
 Al audaz invasor arrebatados.  
 Los caudillos agitan los pendones  
 Que fueron en el templo abandonados,  
 Y el regocijo público afianza  
 Del victorioso pueblo la venganza.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.